



MISTICA Y CONTEMPLATIVA RELACION

*que referé la sagrada Pasion y Muerte dolorosa de Cristo
nuestro amante Redentor.*

Bañando está las prisiones
con lágrimas que derrama
aquel Señor soberano
digno de eterna alabanza,
con dolores y suspiros
así dice estas palabras:
Cristiano, cuánto me cuestas,
hombre, y que mal me pagas!
alma, y qué quieres de mí?
mira, pues, que vas errada.

Vésme, aquí estoy azotado
de aquellas manos ingratas,
vésme, aquí esto y escupido
de aquellas bocas malvadas.
Aquí estoy como un esclavo,
á este balcon me sacan,
por ver si esta gente hebrea
se adolece de mis llagas.
Antes dicen: *muera, muera,*
crucificalo! qué aguardas?

á Barrabás te pedimos
que lo sueltes sin tardanza.
Entonces el presidente,
que era el que mas lo escusaba,
mandó que allí le tragesen
un page que está de guardia,
para lavarse las manos
una bacia con agua,
entendiendo que con esto
su conciencia descargaba
de aquella inicua sentencia
que por miedo promulgaba.
Y sentándose en su sόlio,
pronunció sentencia clara:
»muera Jesus Nazareno,
pues todo el mundo lo aclama,
que Hijo de Dios se hace
con enredos y marañas,
siendo un alborotador
de repúblicas y plazas,
como lo dirá el pregon
cuando por las calles vaya.»
Ya está todo concluido,
prevénganse las escuadras,
al instante los soldados
todos con espada y lanza,
pónganse de punta en blanco,
alerta, no se nos vaya.
Al arma, al arma, la gente;
y con cruz enarbolada
sacan á Jesus divino
con la soga en la garganta,
sus ojos hechos dos fuentes,
la túnica ensangrentada,
sangrienta barba y cabello;
salió esta Luz soberana
descalzo de pié y pierna,
dos ladrones por compañía.
Seis verdugos van delante,
otros seis de retaguardia,
tambien iba un pregonero
publicando en voces altas

el tenor de la sentencia,
como queda declarada.
Iba con la cruz á cuestras
el Redentor de las almas,
fatigado y sín aliento
lleno de mortales ansias,
y porque llegase vivo
á un Cirineo alquilaban.
Con el peso de las culpas
que en esta cruz se cifraban,
falto de valor el cuerpo,
las rodillas se le traban,
y con la cruz dió en el suelo,
tanto que la boca sacra
á besar llegó la tierra,
y á puntapiés lo levantan.
Por el rastro de la sangre
venia llorando el Alba
del mejor sol de justicia,
María, Virgen sagrada,
pues san Juan la dió el aviso
del modo que le trataban.
Entró por medio las tropas
aquella Paloma blanca,
aquella hermosa Azucena,
aquella Luna eclipsada,
Entróse con su Hijo,
y de dolor traspasada.
con el corazon le dice:
Hijo, cómo no me hablas?
mi Bien, ya no me conoces?
mirame, rosa temprana,
tu Madre soy, Jesus mio,
vésme aquí desamparada,
afligida mas que todas
sin hallar alivio en nada.
Y con este sentimiento
fue siguiendo las pisadas
del Hijo, la tierna Madre,
sin que nadie lo estorbara,
que fué permision divina
que todos la veneraran.

Al salir de la ciudad por la puerta judiciaria, se le pusieron delante dos hermosas ciudadanas hijas de Jerusalem: y el Señor las consolaba. No lloreis por mí, las dijo, sino llorad por la causa vosotras y vuestros hijos que de este modo me tratan. Llegando ya al sitio en donde se ha de consumir la infamia, unos la cruz le tomaron, y mientras el hoyo caban, la túnica le despojan à aquel Cordero sin mancha, y con la fuerza que hicieron, sus heridas renovaban, aumentando sus dolores, por que ya estaban cerradas con el aire y con el frio de aquella noche pasada. Lo arrebataron con furia, sobre la cruz lo arrojaban, diciendo: tiéndete bien, esta has de tener por cama: mira lo que has merecido por tus enredos y trazas, aquí se verá quién eres. à ver si ahora te escapas. Mientras que la cruz barrenan sufre el Señor tanta infamia de los malvados sayones, que no puedo numerarlas, ni à referirlas me atrevo, tú allà puedes contemplarlas. La santa Cruz levantaron con gran grito y algazara, y à Jesus clavado en ella, riéndose le mofaban. Sobre la cruz le pusieron el título y por qué causa,

en las tres lenguas escrito, griega, latina y hebráica; para que fuese notorio à las naciones estrañas. Al pie de la santa Cruz nuestra Madre y Reina estaba, y san Juan al otro lado, con las dos primas hermanas, y Maria Magdalena en lágrimas anegadas. Rogó por sus enemigos que fué la primer palabra que el Señor dijo en la cruz. para que tú aprendas, alma, así à rogar por los tuyos por injurias que te hagan. Cristo eucomienda à su Madre al discípulo que ama, y à Jnan se la dá por Madre para que de ella cuidara. Dimas, que es el ladron bueno y à la mano derecha estaba, le pide que de él se acuerde cuando à allà à su reino vaya; el Señor se lo concede, y le empeña su palabra de llevarlo al paraíso el mismo dia en que estaba. Vuelto despues à su Padre, con muchisima constancia, de su grande desamparo tiérnamente se quejaba: »Sed tengo, dijo à los hombres, de que se laven las almas.» Trajeron luego una esponja y puesta ya en una caña llena de hiel y vinagre, à sus labios la aplicaban. »Consumatum est, les dijo, ya está la obra acabada.» A su amantísimo Padre su espíritu encomendaba.

espidió una voz muy grave,
y entre mil mortales ansias,
inclinada la cabeza,
expiró. Las peñas altas
se hundieron, titubearon
los montes, y su luz clara
sol y luna retiraron,
quedó el orbe en sombras pardas.
Para ver si era difunto,
un soldado de la guardia
se arrimó con su caballo
dándole una cruel lanzada;
el costado dejó abierto,
y de él salió sangre y agua.
Pasadas como tres horas
que Cristo en la cruz estaba,
trataron de sepultarle
que se acercaba la Pascua,
y José con Nicodemus
á Pilato suplicaban
que para enterrar á Cristo
licencia les otorgara.
Concedióla el presidente,
y arrimando las escalas
de la cruz lo descendieron,
y en una sábana blanca
envolvieron al Señor
un sudario por mortaja,
y en los brazos le pusieron
de su Madre soberana.
Aquí fueron sus dolores,
los suspiros y las ansias:
no hay lengua que lo explique
ni aun los serafines bastan,
que viendo á esta gran Señora
de tanto dolo traspasada,
enmudecen con la pena,
sin poder decir palabra.
Aquellos santos varones

á su Reina suplicaban
les concediese licencia,
por que la noche llegaba,
para dárle sepultura
al hijo de sus entrañas.
El permiso les concede,
mas del alma se lo arrancan
cuando del casto regazo
con veneracion le sacan.
Tomándole pues en brazos,
en procesion ordenada
hácia el sepulcro caminan,
que estaba á corta distancia,
y en un monumento nuevo
entallado en piedra blanca,
que le dispuso José
para que Dios lo ocupara,
depositaron al cuerpo
del Redentor de las almas.
Cerrado con una losa
que le servia de guarda,
fue esto el mayor desconsuelo
para la Virgen Sagrada.
Se finalizó el entierro,
y á Jerusalem marchaban;
la gran Reina con san Juan
á llorar se fue á su casa
su dolor y sentimiento,
y en soledad tan amarga
hasta el domingo se estuvo,
cuando muy de madrugada
resucitado y glorioso
su Hijo fue á visitarla.
Tengamos en la memoria
la Pasion de Cristo amarga,
y las penas de María,
pidiéndole con instancia,
que á la hora de la muerte
nos defienda nuestras almas.

FIN.

Madrid:—Se hallará de venta en la Plaza de la Cebada, núm. 96.